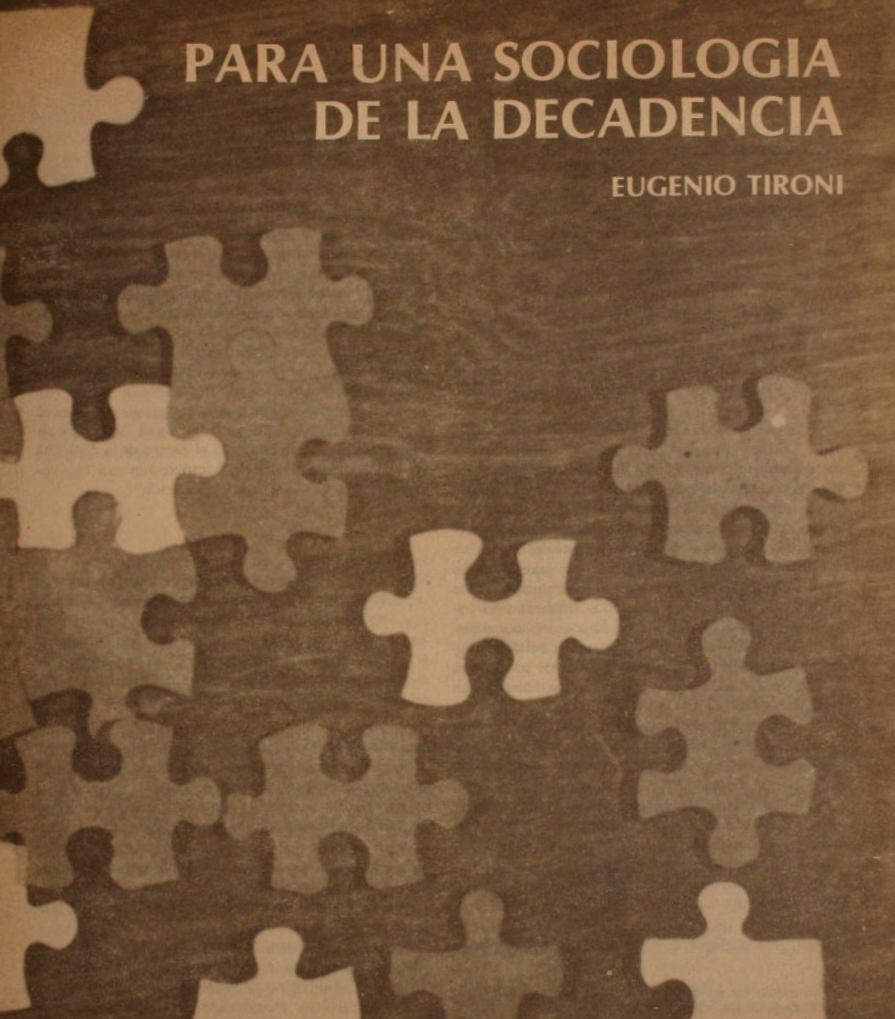


PARA UNA SOCIOLOGIA DE LA DECADENCIA

EUGENIO TIRONI



PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LA DECADENCIA*

El concepto de Disolución Social

Eugenio Tironi

Sociólogo, investigador de SUR

El dato básico de la comunidad humana es la violencia —o, si se prefiere, el miedo a la violencia—. La sociedad es una construcción colectiva de formas institucionales y simbólicas destinadas a resistir la amenaza permanente de la anomia y de la guerra. El orden social y la paz son conquistas frágiles y provisionales. *"Toda sociedad —lo recalca el antropólogo G. Balandier después de sus estudios en el África—, incluso aquellas que parecen las más establecidas, las más conformes con los códigos que las instituyen, están obsesionadas por el sentimiento de su vulnerabilidad"*¹.

Es lo que olvidó la sociología funcionalista contemporánea. Desde todas las ideologías, se convergió en la certeza de que la cohesión es una propiedad natural, espontánea al sistema social. Obnubilada por las dinámicas del cambio y el conflicto, la sociología echó entonces al olvido aquella premisa de Durkheim, según la cual su objetivo básico era la conservación de las sociedades².

Ahora que se agota el siglo veinte, los viejos demonios parecen haber recuperado su vigor. El optimismo histórico se ha visto obligado a inclinarse ante la reversión del crecimiento, las crisis políticas, la violencia expresiva y el despotismo terrorista. Y toma nuevamente actualidad la humilde y desacreditada tarea de estudiar las condiciones sociales en las que el orden colectivo y la libertad sean posibles.

En esa empresa, el desencanto es quizás buen consejero. La edificación más segura es la que ha previsto su propio derrumbe, lo que supone conocer bien el suelo sobre el que se levanta. Así lo hizo el propio Durkheim. Como se sabe, su sociología estuvo orientada a determinar las bases de la estabilidad social; por eso mismo, no se cansó de estudiar las fuerzas que conducían a su destrucción en el plano colectivo e individual.

En tal espíritu se ponen en discusión algunas proposiciones orientadas a delimitar conceptualmente el fenómeno histórico de la disolución social. Se emplea este término para distinguir entre el enfoque aquí planteado

y el evolucionista —identificado corrientemente con la noción clásica de "desintegración"—, que interpreta las situaciones de desorganización o anomia como epifenómenos pasajeros, expresivos de los desequilibrios inherentes al tránsito de la sociedad hacia fases superiores de modernización. El término "disolución social", en cambio, da cuenta de un enfoque que busca comprender esas situaciones en su estructura funcional, al margen de cualquier supuesto sobre el sentido progresivo de la historia.

La atención prestada a las "flores del mal", por lo tanto, revela una opción de método antes que un culto al pesimismo. En efecto, así como hubo una "sociología de la modernización" que invadió el campo de la disciplina en Latinoamérica, ¿no sería fructífero hoy por hoy ensayar con una "sociología de la decadencia"?

La disolución social corresponde a una situación de involución o estancamiento en gran escala, que puede sobrevenir en una sociedad tras un período de grandes cambios estructurales de signo modernizador: v. gr., procesos rápidos y forzados de racionalización, corrientes aceleradas de urbanización, migraciones masivas, expansión económica prolongada, etc.

Periódicamente las sociedades atraviesan por momentos ("de efervescencia creadora", los llamaba Durkheim) en que las relaciones sociales se intensifican al máximo y las transformaciones se suceden sin descanso. Son, sin embargo, situaciones excepcionales que no pueden prolongarse, "porque la plasticidad de las sociedades no es indefinida"³. Los períodos en que se ha sobrepasado el límite del cambio social posible, por lo tanto, son corrientemente seguidos por una contracorriente regresiva de gran amplitud⁴.

En tales circunstancias, la vida por cierto continúa, sólo que la suerte de los individuos se disocia de la colectividad, en agudo contraste con lo que ocurre en los períodos "calientes" o "efervescentes". El dominio privado,

* Este trabajo fue presentado en el II Congreso de Sociología, Colegio de Sociólogos, Chile, agosto 1986.

en efecto, es el que da sentido a las existencias, preserva la memoria colectiva y da origen a las innovaciones. Desde un punto de vista histórico, cabe decir que el relajamiento de los nexos sociales precede siempre a los *"renacimientos"* de las civilizaciones; un juicio sociológico, sin embargo, ha de limitarse a reconocer en ese fenómeno la decadencia de una sociedad.

Las derrotas militares, los sobresaltos en la posición internacional de un país, las fracturas políticas⁵, las rupturas del acomodo entre los grupos sociales⁶, son eventos históricos que pueden conducir también a un estado de disolución social. Lo mismo ocurre con los ensayos orientados a sustituir las regulaciones sociales por un orden colectivo emanado de la cooperación automática y espontánea de individuos que actúan en función de su propio interés, y que se vinculan entre sí por una red de contratos particulares. Como lo subraya Durkheim, la cohesión social no se funda en el dominio (competitivo) de la economía, sino en reglas morales y políticas que la sociedad se da, previamente a todo contrato, con la finalidad de *"atenuar los conflictos, reprimir los egoísmos y mantener la paz"*⁷.

En el sistema de estratificación, la disolución social se caracteriza por una menor diferenciación clasista y la constitución de conglomerados que pertenecen a otra situación (v. gr., estamentos, masas, grupos *"marginales"*); por la menor complejidad y la inestabilidad del sistema de estatus y roles; y por el reforzamiento de los nexos internos de los grupos sociales específicos, con la formación de identidades colectivas particularistas.

La sustitución frustrada o incompleta de sistemas de movilidad adscriptivos por sistemas basados en el logro individual, tiende a generar el tipo de procesos señalados: el patrón *"moderno"* se hace súbitamente inaccesible, en circunstancias en que el patrón *"tradicional"* ha sido previamente destruido.

Otro fenómeno influyente es la desocupación masiva y prolongada: de una parte, ella trastoca las relaciones sociales y corroe el sistema de estratificación (desde las clases hasta la familia); de la otra, des-socializa y aísla al individuo⁸. Semejante es el efecto de procesos de movilidad descendente bruscos y generalizados, que provocan frustración e inestabilidad en las expectativas⁸.

En los términos de Ch. Tilly, la disolución produce

procesos estructurales de *"des-diferenciación"*, vale decir, la fusión o desaparición de unidades sociales (clases, grupos, estratos) previamente distintas en sus funciones y estructuras; de *"desintegración"*, esto es, una coordinación menor y menos compleja entre las unidades sociales restantes; en fin, un proceso de *"particularización"*, caracterizado por el repliegue de los individuos a los grupos de pertenencia tradicionales y, eventualmente, el conflicto entre unidades sociales escasamente interdependientes⁹.

La disolución social coincide con períodos donde el ataque iconoclasta a los antiguos referentes simbólicos y la no consolidación de sus sustitutos, desemboca en una situación de anomia aguda, caracterizada por la explosión del orden colectivo y la ausencia de reglas que regulen el comportamiento de los actores.

El fenómeno anterior se presenta cuando se dan dos procesos sucesivos: una corriente de mutación estructural que rompe con el patrón simbólico tradicional, sin crear todavía uno sustitutivo (esto remite al análisis clásico de Parsons, referente a la *"desorganización social"*); y la incapacidad de esa corriente para estabilizarse, lo que da lugar a una tendencia de tipo involutivo y a un severo debilitamiento del orden colectivo.

Las condiciones de vida, después de haber pasado por grandes transformaciones, entran entonces a un período heteróclito donde coexisten diversas referencias simbólicas, aunque todas ellas marcadas o por la invocación a las *"raíces"*, o por la invocación reiterativa a una *"nueva era"*. Esta situación de inestabilidad se prolonga indefinidamente en el tiempo; no se limita, pues, al momento de adaptación al patrón racional - moderno mencionado por Parsons.

Los actores sociales se ven expuestos a fuertes fluctuaciones. En el ciclo anterior, ellos fueron obligados a procesos forzados de adaptación —con las consiguientes tensiones psicológicas para los individuos—, para encontrarse de pronto con que sus esfuerzos fueron estériles. *"Una vez que logramos incorporar al patrón emergente —señala Parsons—, desaparece su prestigio social y nos enfrentamos a la necesidad de buscar de nuevo otra orientación"*¹⁰. Enfrentados a este desafío, sin embargo, los actores no encuentran un orden simbólico (ni material) que les provea de pautas estables de conducta social. Ello

provoxa la desintegración de los grupos de interés, el debilitamiento de los lazos de solidaridad afectiva o comunitaria que los atan a la sociedad global, y una desafección generalizada con respecto al orden social.

A nivel de las élites, la disolución social se presenta como la desaparición, sin reemplazo evidente, del paradigma intelectual sobre el que se estructuraban los programas políticos anteriores. Las élites son el segmento más sensible a este tipo de situaciones, que históricamente las han impulsado a argumentar a favor de la unidad y de la legitimidad del bien común, y a organizarse en torno al Estado¹⁰.

En condiciones de disolución social, la identidad y equilibrio afectivo y emocional de los actores resulta severamente deteriorado. El individuo en un estado anómico, sin referentes simbólicos marcados y estables, con una auto-imagen e identidad social débiles, tiende a la apatía, sólo y temporalmente rota por períodos breves de activismo y agresividad, por lo que es presa fácil del "romanticismo".

En el enfoque de Durkheim, la movilización colectiva emerge en sociedades de clase, no en sociedades sumidas en procesos desintegrativos. La disolución social suscita un profundo desagrado desde el punto de vista individual, sin engendrar al mismo tiempo reacciones colectivas dotadas de cierta regularidad. La anomia no se traduce en estos casos en la "innovación" de Merton¹¹. Junto a la "adaptación delincente", lo que se desata en gran escala es el retraimiento individual. En otros términos, lo que prevalece no es la rebelión frente a los objetivos y/o los medios que la sociedad propone, sino el resentimiento y la frustración ante el vacío.

La situación de flotamiento genera en los individuos sentimientos de inseguridad y estados de ansiedad, división y agresividad. Como efecto de la dislocación del orden material y la desintegración del sistema simbólico, su acción queda huérfana de valores eminentes y de expectativas de rol. Cunde el maniqueísmo entre quienes se comprometen en un movimiento modernizador y quienes se repliegan en las ideas tradicionales, lo que da lugar a un antagonismo cada vez más agresivo.

Como las instituciones son incapaces de regular las relaciones sociales, y el orden colectivo es frágil y no emite imágenes que integren simbólicamente al individuo, éste se siente disociado de la realidad, y la vida misma pierde

significación. Esta realidad, inestable e insatisfactoria desde el punto de vista afectivo, engendra en ciertos individuos "imágenes de sustitución" idealistas, destinadas a ahuyentar el fantasma amenazante de la desorganización social. Es así como asoma el "romanticismo", al que Parsons asigna una importancia fundamental en la emergencia del nazismo y el fascismo en la Europa de los años treinta³. Es también el clima propicio para el desarrollo de las "personalidades autoritarias"¹², necesitadas de imágenes netas de lo bueno y lo malo, intolerantes frente a la ambigüedad o ambivalencia, susceptibles a un razonamiento estereotipado, con actitudes prejuiciadas y etnocéntricas que le pueden conducir a comportamientos discriminatorios¹³.

Los individuos presos del "romanticismo" son altamente proclives a abandonar la apatía por una actividad intensa. Ambos comportamientos están destinados a calmar la ansiedad que les produce la ausencia de una autoimagen aceptable. En el caso del "romanticismo", el individuo compensa la ausencia de identidad propia con la identidad externa que le ofrece la imagen colectiva de un movimiento de masas¹⁴. La muchadumbre, en efecto, les hace visibles, los saca del anonimato y de la mediocridad de la vida cotidiana, les permite experimentar un sentimiento de solidaridad, y otorga así un sentido a sus existencias¹⁵.

La disolución social, en suma, deja a los individuos vulnerables a la seducción de un líder de masas carismático y a la influencia de ideologías autoritarias¹⁶. Generalmente, sin embargo, la "imagen de sustitución" que se invoca frente a la desintegración, es la figura apocalíptica de tipo religioso y su proyecto escatológico clásico.

La atomización y la inseguridad hace que los individuos tiendan a replegarse en grupos primarios basados en nexos de tipo afectivo, lo que ahonda su aislamiento y la segmentación social.

La disolución social no implica la desaparición de todo agrupamiento colectivo; antes bien, muchas veces incentiva la constitución o el fortalecimiento de grupos comunitarios, como la familia, feligresía, secta política u otros. Sin embargo, en ambas situaciones —atomización pura y simple o enclaustramiento en asociaciones primarias altamente inclusivas— los individuos están aislados unos de otros. Pueden persistir inclusive algunas asociaciones de tipo secundario, pero ellas generan un sentimiento de inte-

gración débil y proveen a los individuos de una intermediación muy mediocre con la sociedad global¹⁴.

En tales condiciones —individuos transformados en masa o introversión comunitaria, propio de un sistema social altamente segmentado y carente de estructuras de intermediación—, la población es fácilmente manipulable por las élites, que conquistan por su parte una notable autonomía respecto a la sociedad¹⁴.

La acción colectiva, en términos clásicos, implica el paso desde el grupo tradicional a la clase social, que se constituye en asociación de intereses y cuya movilización es encabezada por un partido político. En este caso, el grupo comunitario de origen no se extingue; sino que permanece en la retaguardia, y la acción colectiva adopta una forma expresiva influenciada por ideologías autoritarias y sugestionable por un liderazgo carismático. La configuración del movimiento nazi en Alemania, por ejemplo, ha sido explicada recientemente por una combinación de este tipo¹⁷.

Atomización y repliegue en grupos primarios segmentados son, entonces, dos fenómenos complementarios. Los individuos pueden, por tanto, transitar entre la comunidad adscriptiva y el movimiento de masas sin mediaciones de ninguna especie. Esto es lo que caracteriza la acción colectiva en condiciones de disolución social.

La disolución social se identifica con un agregado de individuos y grupos primarios relacionados entre sí por la omnipresente autoridad del Estado, en que toda acción colectiva adopta automáticamente un carácter político.

En condiciones de disolución, en suma, no hay movimientos sociales propiamente tales, esto es, acciones colectivas sistemáticas dirigidas contra un antagonista también social en un campo cultural e institucionalmente regulado¹⁸. Los movimientos colectivos, cuando los hay, son de corte político, dirigidos por el Estado o por un grupo político, y proclives a orientaciones “románticas” e ideo-

lógicas. Esto puede ser acompañado por una violencia política orientada al o por el Estado; pero estas condiciones no favorecen la difusión de la violencia interna a la sociedad, que supondría grupos sociales altamente organizados y con recursos propios¹⁹.

El aislamiento de los individuos y la segmentación de la sociedad en grupos primarios, obliga a que sea el Estado quien centralice las relaciones sociales, en particular concentrando en sus manos las comunicaciones y las decisiones colectivas. En efecto, una sociedad atomizada, carente de grupos secundarios, de asociaciones intermediarias o corporaciones, en los hechos delega su unidad a la institución estatal y está inerte frente a ella. En estas condiciones, el Estado es libre para manipular a la población sin que nada amenace su independencia; todavía más, tenderá a ganar mayor autonomía profundizando la atomización de la sociedad.

Disolución social y Estado autoritario, por lo tanto, son dos fenómenos que se suponen mutuamente. Esto remite al análisis de Toqueville y de Durkheim sobre el despotismo, que se origina precisamente en la desaparición de estructuras intermediarias al interior de la sociedad y entre ésta y el Estado, lo que da lugar a su institucionalización como poder independiente²⁰. En este caso, el despotismo no se define en función de las relaciones de clase (de la dominación de una sobre otra, como en el marxismo), sino del debilitamiento general de las relaciones sociales como tales (como en el Marx del “*bonapartismo*”).

El Estado multiplica su intervención en la sociedad, lo que incentiva el repliegue de los individuos en los grupos primarios. Pero la introversión comunitaria, así como la apatía individualista, si bien privan de participación, permiten a la población resistir en parte el imperialismo estatal. La soberanía de la institución estatal, por una parte, hace que la violencia sea expulsada de la sociedad para focalizarse sobre el Estado²¹; esta autonomía, de otra parte, determina que las movilizaciones de masas tengan como referente invariable al Estado, con lo que adquieren un carácter eminentemente político.

Julio, 1986



- ¹ Balandier, G. (1975); *Sens et Puissance*. Paris: PUF.
- ² Lukes, S. (1973); *Emile Durkheim. His life and work*. London: Allen Lane, The Penguin Press.
- ³ Parsons, T. (1958); *Essays in Sociological Theory*. Illinois: The Free Press of Glencoe.
- ⁴ Durkheim, E. (1967); *Sociologie et Philosophie*. Paris: PUF.
- ⁵ Skocpol, Th. (1979); *States and Social Revolutions. A comparative analysis of France, Russia and China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ⁶ Grimshaw, A.D. (1972); "Interpreting collective violence", en: Short, J.F., Wolfgang, M.E.; *Collective Violence*. Chicago and New York: Aldine-Atherton.
- ⁷ Durkheim, E. (1932); *De la Division du Travail Social*. Paris: Felix Alcan.
- ⁸ Cherkaoui, M. (1981); "Changement social et anomie: essai de formalisation de la theorie durkheimienne", en: *Archives Europeennes de Sociologie*, XXII, 3-39.
- ⁹ Tilly, Ch. (1975); "Clio et Minerve", en: Birnbaum, P., Chazel, F.; *Theorie Sociologique*. Paris: PUF.
- ¹⁰ Stepan, A. (1978); *The State and Society Peru in comparative perspective*. Princeton University Press.
- ¹¹ Merton, R.K. (1949); *Social Theory and Social Structure*. Illinois: The Free Press of Glencoe.
- ¹² Adorno, T.W., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D.J., Sanford, R.N. (1950); *The Authoritarian Personality*. New York: Harper & Row.
- ¹³ Billig, M. (1984); "Racisme, prejuges et discrimination", en: Moscovici, S.; *Psychologie Sociale*. Paris: PUF.
- ¹⁴ Kornhauser, W. (1959); *The Politics of Mass Society*. Illinois: The Free Press of Glencoe.
- ¹⁵ Graumann, C.F., Kruse, L. (1984); "Masses, foules et densite", en: Moscovici, S.; *Psychologie Sociale*. Paris: PUF.
- ¹⁶ Moscovici, S. (1981); *L'Age des Foules*. Paris: Fayard.
- ¹⁷ Birnbaum, P. (1983); "Mobilisations, structures sociales et types d'Etat", en: *Revue Francaise de Sociologie*, XXIV, 421-439.
- ¹⁸ Touraine, A. (1973); *Production de la Societe*. Paris: Seuil.
- ¹⁹ Tilly, Ch., Tilly, L., Tilly, R. (1975); *The Rebellious Century: 1830 - 1930*. Cambridge: Harvard University Press.
- ²⁰ Badie, B., Birnbaum, P. (1979); *Sociologie de l'Etat*. Paris: Grasset.
- ²¹ Girard, R. (1978); *Des Choses Cachees depuis la Fondation du Monde*. Paris: Grasset.